

CAPÍTULO II

DEL ORIGEN DE LOS VIEJOS SISTEMAS ACTUALES

Es imposible que los gobiernos que han existido hasta ahora en el mundo hayan empezado por ningún procedimiento que no haya sido una violación total de los principios sagrados y morales. La oscuridad que rodea el origen de todos los antiguos gobiernos de la actualidad, indica la iniquidad y la desgracia en que nacieron. El origen de los actuales gobiernos de América y de Francia se recordará siempre, porque es honroso recordarlo; pero con respecto a los demás, hasta la adulación los ha sepultado en el tiempo sin epitafio alguno.

En las sencillas edades primitivas del mundo, cuando la principal ocupación de los hombres era la de apacentar los rebaños, no resultaría difícil para una banda de rufianes invadir una nación e imponerle tributos. Una vez establecido su poder, el jefe de la banda obligaría a todos a sustituir el nombre de ladrón por el de monarca, y de ahí el origen de la monarquía y de los reyes.

El origen del régimen en Inglaterra, en lo que a la sucesión de su monarquía se refiere, tal vez sea de los que mejor se recuerdan, por ser de los más recientes. El odio inspirado por la tiranía y la invasión normanda, ha

debido estar profundamente arraigado en la nación, cuando ha sobrevivido a las maquinaciones llevadas a cabo para desterrarlo. Aunque ningún noble os hablaría hoy del toque de queda, en ninguna aldea de Inglaterra lo han olvidado.

Esas partidas de bandoleros que se habían repartido el mundo dividiéndolo en dominios, empezaron pronto, como es natural, a pelearse unas con otras. Lo que se había obtenido por la violencia, parecía lógico que fuera robado, y así, un segundo invasor sucedía al primero. Sucesivamente iban siendo invadidos los dominios que cada uno se había adjudicado a sí mismo, y la brutalidad con que se trataban unos a otros explica el carácter original de la monarquía. Eran rufianes torturando a rufianes. El conquistador consideraba al conquistado no como su prisionero, sino como su propiedad. Lo conducía en triunfo, arrastrando sus cadenas, y lo condenaba a su antojo a la esclavitud o a la muerte. Al ir borrando el tiempo la historia de aquellos comienzos, los sucesores adoptaron un nuevo aspecto para romper el vínculo de su ignominia, pero sus principios y sus objetivos seguían siendo los mismos. Lo que al principio era saqueo, tomó el nombre más suave de rentas; y en cuanto al poder, que en su origen fué usurpado, ahora fingieron heredarlo.

¿Qué se puede esperar de un régimen con tales antecedentes sino un continuo sistema de guerra y extorsión? Ha hecho de ello un verdadero oficio. El vicio no es distintivo de unos u otros, sino el principio común a todos. En semejantes gobiernos no existe suficiente fibra para injertar la reforma, el remedio más rápido, más fácil

y más eficaz es el de empezar de nuevo en el terreno del razonamiento.

¿Qué escenas de horror, que refinamientos de iniquidad se presentan ante nuestros ojos al considerar el carácter y repasar la historia de tales gobiernos! Si quisiéramos diseñar la naturaleza humana con una mezquindad de corazón, y una apariencia hipócrita que harían estremecer a la reflexión, y que la humanidad rechazaría, los reyes, las cortes, los ministerios son los que deberían posar como modelo. El hombre tal como es naturalmente, con todos sus defectos auestas, no está a la altura de la situación.

¿Acaso podemos suponer que si los gobiernos hubieran tenido sus orígenes en un principio justo, y no estuvieran interesados en perseguir un objetivo inicuo, se encontraría el mundo en la mísera y pendenciera condición en que le vemos? ¿Qué acicate tiene el labrador que está conduciendo un arado para abandonar su pacífico trabajo e ir a la guerra contra un labrador de otro país? ¿Qué incentivo puede tener un fabricante? ¿Qué significa el dominio para ellos ni para cualquier clase social de una nación? ¿Acaso añadirá un acre a las tierras de algún individuo o aumentará en algo su valor? ¿Acaso la conquista y la derrota no tienen ambas el mismo precio y no serían los impuestos su consecuencia infalible? Aunque este razonamiento puede ser bueno para una nación, no lo es para un gobierno. La guerra es el juego de faraón de los gobiernos, y las naciones son los burlados en el juego.

Si en este mezquino panorama de los gobiernos hay algo de que cabe quedar maravillado y que no se esperaría, son los progresos que han realizado las pacíficas artes de la agricultura y de la industria estando bajo el peso de cargas tan

continuas y acumuladas de desaliento y opresión. Esto sirve para demostrar que el instinto no actúa sobre los animales con impulsos más fuertes que aquellos con que los principios de la sociedad y la civilización operan en el hombre. Por encima de todos los desmayos, persigue siempre su fin, y sólo se rinde ante lo imposible.